

El

Diablo en la

abadía.

A. Almela

EL DIABLO
EN LA ABADÍA

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JUAN ANTONIO ALMELA

MÚSICA DEL MAESTRO

D. CARLOS MANGIAGALLI

Puesta en escena por primera vez en el Teatro de los Jardines del Buen-Retiro, el dia 24 de Agosto de 1878.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. C. CONDE Y C.ª
Calle de los Caños, número 1.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA...............	Doña Enriqueta Toda.
ABADESA............	Patrocinio Ferreti.
MAESTRA DE PENSIONISTAS...............	N. N.
TORNERA............	Elisa Gonzalez.
PENSIONISTA 1.ª......	Dolores Matheu.
UNA MONJA...........	María Pardiñas.
DON CÁRLOS.........	Don Maximino Fernandez.
VALENTIN............	José Bosch.
BARTOLILLO..........	Juan B. Riuet.
DOCTOR..............	José Cánovas.
ALDEANO 1.º.........	Andrés Vidal.

Pensionistas, Aldeanos.

La escena es en el monasterio de las Huelgas.

El primer acto en el jardin, y el segundo en el locutorio de pensionistas.

ACTO PRIMERO.

Jardin del Monasterio. El lado derecho de la escena y una parte del fondo forman ángulo entrante del edificio. En la fachada de la derecha el gran porton. En la parte del edificio que da frente al público, una puerta pequeña que corresponde á la habitacion del jardinero. Cierra el resto del foro una tápia con una puertecita que dá al campo. Junto ella hay un chozo ó perrera. Arboles y arbustos cortan una parte de la escena, confundiéndose con los bastidores de la izquierda.

Al levantarse el telon es de noche Empieza á relampaguear, y se oyen truenos lejanos.—Suena el órgano en el interior de la Abadía, y se oye el canto de las monjas.

ESCENA I.

BARTOLILLO. CORO DE MONJAS (dentro). CORO DE ALDEANOS.

MÚSICA.

MONJAS. (Dentro.) *Quem terra, pontus sydera*
colunt, adorant, predicant,
trinant, regentem, machuinam
claustrum, Mariæ bajulat.

ALDEANOS. (Dentro) Bartolillo, Bartolillo,
abre pronto, abrenos ya,
que se acerca la mañana
anunciando tempestad.

BARTOLILLO. ¡Condenados indiscretos (Saliendo.)
que me van á denunciar!

y si el ajo se descubre
de la casa me echarán.

(Examina á favor de la linterna si están cerradas todas las ventanas; y, despues de aplicar el oido al porton, abre la puertecilla del campo, y entran por ella los aldeanos.)

¡Silencio, malditos!
¡Silencio por Dios!
Que tienen las madres
Oido feroz.

MONJAS. (Dentro.) *Cui luna, sol et omnia*
deserviunt per témpora
profusa cœli gratia
gestant puellæ víscera.

ALDEANOS. Mientras cantan en el coro
con tan grande devocion,
bien podemos divertirnos
en la huerta sin temor.

BARTOLILLO. ¡Silencio, malditos,
silencio, por Dios!
¡Que pueden oiros!
Silencio, chiton.

HABLADO.

ALDEANO 1.º Pues si hay tanto peligro,
¿por qué formaste el empeño
de que fuera aquí el jolgorio
en vez de venir tú al pueblo?

BARTOLILLO. ¡Chis!... Hablad siempre bajito.
Os empeñasteis, mastuerzos,
en que os debia obsequiar
por mi ascenso á jardinero
de las huelgas. Pues, corriente;
tambien yo obsequiaros quiero.
Mas, entre ir yo á la aldea,
donde no es fácil secreto,
á tener el *gaudeamus*
en las sombras y el misterio,
la eleccion no era dudosa,
para quien ningun deseo
tiene de que la abadesa

mande hacer algun recuento
de botellas... ¿Comprendeis?
Sois muy torpes para eso.

Aldeano 1.° Es decir... ¿Que tú?...

Bartolillo. ¡Qué yo!...
¿A que piensa el muy mastuerzo
que robo el vino á las madres?

Aldeano 1.° Pues entonces, no lo entiendo.

Bartolillo. Con eso quiere decir...
En fin, no profundicemos. (Rien los aldeanos.)
¡Quereis callar, renegados!
Ea, venid hácia adentro,
y á ver si sabeis comer
y beber en gran silencio.

(Entran todos en la habitacion del jardinero, y Bartolillo el último, cerrando tras sí la puerta. Arrecia la tempestad, y llueve. Al cabo de algunos instantes asoman por encima de la tapia don Cárlos y Valentin, que se descuelgan al jardin con precaucion.)

ESCENA II.

D. Cárlos, Valentin.

MUSICA.

Cárlos. Valentin, ¿en dónde estamos?

Valentin. Amo mio, qué sé yo!
Sólo sé dónde quisiera
encontrarme.

Cárlos. Dónde?

Valentin. Oh, Dios!
En un cuarto bien cerrado,
en un lecho bien mullido;
bien cenado, bien bebido,
y roncando sin cesar;
y no andar por esos campos
fugitivo y asustado,
sobre el cuerpo desdichado
recibiendo de agua un mar.
Ay, qué misera existencia

es la vida de aventuras!
Cuántas penas y amarguras
tiene un hombre que tragar!

CÁRLOS. Oh, groseras aficiones
de un villano mal nacido!
Tú no sabes, fementido,
que el placer está en luchar.
Intrincadas situaciones
que el amor haya creado,
de peligros el cuidado
llenen mi alma sin cesar.
Oh, qué bella es la existencia
de combates y aventuras!
Qué emociones y dulzuras
sabe al pecho procurar!

VALENTIN. Mas no sientes, amo mio,
el estómago vacío?

CÁRLOS. Arde en llama el corazon.

VALENTIN. Y esa llama, que no veo,
secaremos el manteo
que ha calado el chaparron?

CÁRLOS. Qué es la lluvia?

VALENTIN. Un lavatorio.

CÁRLOS. Es suavísimo aspersorio
de los ritos del amor.
Ambos somos sus devotos.

VALENTIN. Sí; tú llevas los ex-votos:
yo los palos y el dolor.

Mientras tú gozas
y te alborozas,
yo á cielo raso
hago el planton;
más si hay jaleo
y vapuleo
yo siempre saco
mi coscorron.

CÁRLOS. La linda moza
mi alma alboroza
y dulce halaga

mi corazon.
En ellas veo
vida y recreo;
vengan trabajos,
más venga amor!

HABLADO.

Pero, Valentin, no adviertes
que son estas las campañas
del amor? Los dos no somos
sus soldados?

VALENTIN. No soldado,
capitan eres tú; pero repara
que yo no soy ni ranchero,
y que por fuerza me arrastras.
Qué necesidad teníamos,
en una noche tan mala,
de correr por esos campos,
ni de saltar esta tápia,
si empeñado no te hubieras,
en mal hora, la ventana
escalar de aquella niña.

CÁRLOS. Qué linda era la muchacha!

VALENTIN. Y qué escándalo se armó!
Todo el villorrio se alarma,
y lo ménos cien paletos
armados de sendas trancas
nos acometen furiosos
y nos persiguen con saña.

CÁRLOS. Mas no nos han alcanzado.

VALENTIN. Sí; podemos dar las gracias
á lo oscuro de la noche
y á esta huerta hospitalaria
que se ofreció en nuestra fuga
como un puerto en la borrasca.
Con que volvemos, señor,
á la vida endiablada?

CÁRLOS. No, Valentin, se acabó;
esta es mi última, basta;
desde hoy comienza la enmienda.
Sabes que me trae á España

el recuerdo de mi padre,
que sin duda me lloraba
muerto; y el afan de unirme
con la que jamás de mi alma
se apartó la dulce imágen:
con mi Elena.

VALENTIN. Pero, la amas?

CÁRLOS. A otra no amé jamás.

VALENTIN. Se conoce en la extremada
fidelidad que guardaste
á ese amor!... Si no me engañan
las señas, te has olvidado
de aquella calaverada
que nos obligó á los dos
á emigrar de nuestra pátria.

CÁRLOS. Bah! Aquella fué una locura
de estudiante; casi nada.
Tenia yo veinte años;
estudiaba en Salamanca;
me gustaba el bello sexo;
me enamoré de una dama;
por su parte, halló ella en mí
algo que la hizo gracia.
Su marido llevó á mal
mi fortuna, y el muy mándria
logró un auto de prision
en vez de esgrimir la espada.
De la cárcel me evadí,
merced á aquella buena alma
de la hija del alcaide,
(¡vaya una moza salada!)
que, entre suspiros de amor,
me franqueó una ventana.

VALENTIN. En París, por el balcon
salimos de cierta casa,
al pié de cuya escalera
un marido te esperaba.
En Florencia, en mi ropilla
recibí una puñalada,
que, si mi memoria es fiel,
á tu pecho se asestaba;
despues, en Constantinopla,

si las piernas no nos salvan,
por husmear cierto harem
á poco no nos empalan.
No sé si habrás olvidado
que en Turin guardaste cama
dos meses, á consecuencia
de una famosa estocada;
mas, por mi parte, recuerdo,
con todas sus circunstancias,
el combate á trompis seco
con que yo mantuve á raya
á aquel cervecero en Lóndres,
con cuya amiga tú hablabas,
mientras mis pobres narices
aquel bárbaro aplastaba,
llenando de cardenales,
como un Cónclave, mi cara:
En todas partes, señor...

CÁRLOS. Valentin, aquí se acaba
esta mi primera parte
de historia; y en vida honrada
por el resto de mis dias...

VALENTIN. Ay, Don Cárlos! Dios lo haga!

CÁRLOS. Si pudiéramos saber
qué edificio es este.

VALENTIN. Calla!
Es un convento de monjas.
(Se oye el canto de las monjas.)

CÁRLOS. De monjas! Esto faltaba!
Voy creyendo que un demonio
dirige siempre mi planta
á tropezar con mujeres.

VALENTIN. Pues en esta no me atrapas.
No cuentes, no, con mi ayuda.

CÁRLOS. Tienes miedo?

VALENTIN. Sí; á la Santa
Inquisicion... ¡Alguien viene!...
¡Señor, por las cinco llagas,
busquemos donde ocultarnos,
que no es el caso de chanza!

CÁRLOS. Corriente, ocultémonos,
veamos esto en qué pára.

ESCENA III.

DICHOS (Ocultos entre los arboles), BARTOLILLO, ALDEANOS.

(Salen Bartolillo y los aldeanos. El primero lleva una botella en la mano. Empieza á despuntar el dia. El cielo se ha despejado).

BARTOLILLO. Ya amaneciendo va el dia,
cada mochuelo á su olivo,
y á ver cómo os afufais
sin meter ningun ruido.

ALDEANOS. (Rodeando á Bartolillo).
Adios, Bartolillo. Adios,
hasta otra. ¡Vaya un vino!

BARTOLILLO. ¡Largo de aquí, condenados,
ó cometo un desatino!

(Los lleva á empujones hasta la puerta, y en cuanto sale el último la cierra con cerrojo.)

ESCENA IV.

D. CÁRLOS, VALENTIN, BARTOLILLO.

BARTOLILLO. Marcharon al fin; ya era hora
que las niñas pensionistas
bajan á la huerta, listas
en cuanto luce la aurora.

(Se empina la botella, y bebe un trago.)

¡Brrr! Forrémonos por dentro
que hay que hacer un viajecillo. (Bebe.)
Bien. A fe de Bartolillo
me voy hallando en mi centro.

(Bebe. Empieza á sentir los efectos de la embriaguez, que irá en aumento hasta el fin de la escena).

Qué bálsamo! Y cómo abrasa
el gaznate en dulce ardor!...
Sólo por este licor
puede servirse en la casa.
Ea, otro trago y en marcha

á ejecutar el mandado;
que ya estoy bien abrigado,
y no hay temor á la escarcha. (Dá un traspié.)
Sobre que creyendo estoy
que tampoco necesito,
para llevar otro escrito,
moverme de donde estoy.
(Sosteniéndose con dificultad.)
Pues!.. la tierra—cosa cierta—
se ha puesto ya en movimiento;
y en cuanto pase el convento
me colaré por la puerta.
Entre tanto, otra sangría. (Bebe.)

CARLOS. (Asomando entre los árboles.)
Hé aquí un tuno sin vergüenza,
que la mañana comienza
como otros cierran el dia.
Por qué con tanta atencion
le contemplas? (A Valentin.)

VALENTIN. Porque... Espera?
Si tal!... No es una quimera:
yo conozco á este bribon...
Bartolillo!... Es un mocito
que casi, en punto á talento,
moja la oreja á un jumento
y es más beodo que un mosquito.

CÁRLOS. Vamos á hablarle.

VALENTÍN. Cachaza,
y con precaucion obremos.

CÁRLOS. Mira por donde tenemos
aliados en la plaza.

VALENTIN. Bartolillo!... Quién dijera!... (Saliendo.)

BARTOLILLO. (Pugnando por guardar el equilibrio, y ocultar la embriaguez.)
Cuerno! Si será la madre
abadesa ó la tornera?
Madre.....

VALENTIN. Quita allá borracho!
Qué ves en mi humanidad
de mujer?

BARTOLILLO. Calla, es verdad!
Me equivoqué: este es un macho.

Yo conozco á este animal.
VALENTIN. Que soy Valentin repara.
BARTOLILLO. Valentin!... Cosa más rara!
Aún no te han puesto el dogal?
Hombre, aquí hay una persona
que me habla de tí á porrillo.
VALENTIN. De mí?
BARTOLILLO. De tu amo; otro pillo
de la vida picarona.
Doña Elena...
CARLOS. (Adelantándose.) Elena aquí?
BARTOLILLO. Ola! Pasa un caballero;
mas el convento que espero
cuándo pasa por aquí?
VALENTIN. Qué te se ha perdido en él?
BARTOLILLO. A mí nada; mas se ha puesto
ayer tarde algo indispuesto
el padre fray Rafael,
que debía predicar
hoy mismo; y la superiora
esta carta, sin demora,
quiere que vaya á llevar
al guardian de franciscanos,
pidiendo á su reverencia
que envie con diligencia
alguno de sus hermanos...
¡Ay!... ¡Qué angustia!... ¡Y qué torpeza
en las piernas!... ¡Y qué ruido!...
Lo ménos se me han metido
cien grillos en la cabeza...
¡Valentin, malo me siento!
VALENTIN. No es grave tu enfermedad.
BARTOLILLO. Toma tú, y por caridad
lleva esta carta al convento.
¡Uf! mi pecho es una fragua.
llevala, tunante... ¿sí?
Si no me ponen á mí
tres dias á pan y agua...
Quién dice que estoy borracho?...
La tierra que echó á correr...
Otra!... A que me hace caer?
So!... Bueno!...

(Cae y queda dormido)

VALENTIN. Pobre muchacho!
A pan y agua!... Quisiera,
mientras la mosca le pasa,
ocultarle á los de casa.

CÁRLOS. Allí veo una perrera.

VALENTIN. Pues ayudadme, señor.
(Cogen entre los dos á Bartolillo y lo meten en el chozo.)
Ahora, advierte que es de dia,
y que prudente sería
largarnos.

CÁRLOS. No, por mi honor.
Antes á Elena veremos.

VALENTIN. Bien estamos!
Pues por la tapia salgamos,
y por la puerta entraremos.
(Se oyen dentro voces de mujer.)
Ya es tarde... abren el porton!

CÁRLOS. Ocultémonos, á ver
quién viene!

VALENTIN. Comienzo á oler,
mísero de mí, á toston.
(Se ocultan en la espesura.)

ESCENA V.

ELENA, LA MAESTRA, EDUCANDAS.

MAESTRA. Ya que alabanzas á Dios
en el coro hemos cantado,
empezando dignamente
el dia, tomen un rato
de recreacion; que es bueno
tambien esparcir el ánimo,
para que, con nuevos brios,
con más ardiente conato,
al trabajo y la oracion
como Dios manda, volvamos.
Con que, ¿las puedo dejar

media hora sin cuidado?
Tendrán juicio?

TODAS. Sí, madre.

MAESTRA. Pues Dios las tenga en su amparo.

TODAS. Amen, amen.

(Vase la Maestra. Las educandas permanecen un momento en actitud humilde, pero acechando á aquella.)

NOVICIA 1.ª Ya está lejos.
Pues amigas, baile y canto!

(Forman corros y dan algunas vueltas al compás del *ritornello*. Elena se ha sentado en un poyo, donde permanece pensativa.)

MÚSICA.

CORO. Al despuntar la aurora
y el blando cefirillo,
gorjea el pajarillo,
se abre la linda flor.
Revive el mundo entero
y su explendor renueva,
y un tierno canto eleva
de gracias al Señor.

EDUCANDA 1.ª Hermanita Elena,
qué pensais ahí?
De nuestra alegría
á gozar venid.

ELENA. Dejadme, os suplico.
Estoy bien así.

CORO. Ese aspecto silencioso,
aún en medio del jardin,
es, Elena, una censura
que á nosotras dirigís.

ELENA. Oh! No tal, hermanas mias;
eso no creais de mí.
Vuestra infantil alegría
es signo de la inocencia;
es la purísima esencia
de un alma angelical.
Mas yo, mísera, he nacido
para vivir triste y mústia.
para devorar mi angustia

en amarga soledad.
CORO. Qué os aflige? Alguna pena
os oprime el corazon.
Os obligan á ser monja?
Profesais sin vocacion!

ELENA. Entré en la abadía
por mi voluntad,
y el velo sagrado
ansío tomar;
mas debo deciros
con sinceridad
que trató mi alma
el mundo muy mal.

Mas si el mundo en su horrible tormenta
como frágil bagel me azotó,
á este puerto, de abrigo seguro,
me he traido la mano de Dios.
CORO. Referidnos, Elena querida,
esa historia de pena y dolor;
y decid qué borrascas son esas
que no se oyen desde esta mansion.

HABLADO.

ELENA. No querais saberlo, amigas;
conservad vuestra inocencia,
que es el infalible guía
que lleva á la vida eterna.
A más la curiosidad,
dice la madre Maestra,
es pecado.
TODAS. Dios nos libre! (Haciendo la señal de la cruz.)
EDUCANDA 1.ª Dice bien la hermana Elena.
Pensemos en otra cosa.
Ví ayer desde aquella reja,
junto á la fuente, un gran campo
de amapolas, ¡tan bermejas!

que me robaban la luz
de los ojos. A cogerlas
vamos?

TODAS. Vamos.

EDUCARDA 1.ª (A Elena.) No venís?

ELENA. Luego iré.

EDUCANDA 1.ª (A las demás.) Vamos por ellas.

ESCENA VII.

ELENA, poco despues CÁRLOS.

ELENA. (Viendo marchar á las novicias.)
Qué envidia las tengo!
Niñas inocentes,
cándidas palomas,
vírgenes celestes,
que, ya aquí en el mundo
á gloria trascienden!
Cuándo, como ellas,
¡Oh mi Dios clemente!
un alma tranquila
podré ya ofrecerte,
sin que la perturbe
un amor terrestre,
y el amor divino
solo en ella impere?
Un remordimiento
siento muchas veces
de venir al cláustro
por despecho... ¡Aleve,
falso, traidor Cárlos!...

CÁRLOS. (Que se ha aproximado sin ser visto, hincando una rodilla.)
A tus piés le tienes.

ELENA. Ah! El diablo sin duda! (Retrocediendo asustada.)
Vírgen, socorredme!

CÁRLOS. No, Elena querida;
no soy lo que temes,
sino en carne y hueso
tu amante, que viene

á herirse en el pecho
cual fiel penitente,
y á rogarte olvides
sus faltas no leves.

ELENA. Satanás, aparta!
A mí no te acerques!

CÁRLOS. Recobra la calma,
Elena; y advierte
cómo la cruz beso;
y que eso te pruebe
que no soy el diablo.

ELENA. Pues si Cárlos eres,
qué busca tu audacia
donde entrar no pueden
profanos?

CÁRLOS. Qué busco?
Busco á la que siempre
adoró mi pecho.

ELENA. Pruebas muy solemnes (Con amarga ironía.)
de ese amor me diste!

CÁRLOS. Fueiza es que confiese,
postrado á tus plantas,
que obré cual demente;
mas mi honor te jura
que entre los vaivenes
de ese torbellino
en que inícua suerte
me lanzó, tu imágen
grabada, indeleble,
llevaba en mi alma,
amándola siempre.
Falta de experiencia...
Azares... ¿Qué quieres?...
Hice mil locuras:
mas, quien se arrepiente,
se acusa á sí propio,
y enmienda promete,
¿el perdon no alcanza
de quien bien le quiere?
Porque tú me amas.
¿No es cierto?

ELENA. No vienes

á tiempo. Otro esposo
ya mi alma tiene.
A Dios me consagro...
¡Huye de aquí; véte!

CÁRLOS. ¡No será: lo juro!
ELENA. Será aunque te pese.
CÁRLOS. ¿No me amas?
ELENA. No te amo.
CÁRLOS. ¡Cúmplase mi suerte! (Fuera de sí).

MUSICA.

Tu crueldad inexorable
me trastorna la razon;
y por fuerza has de seguirme
caso que de grado no.

ELENA. (Retrocediendo asustada).
¡Tente, inícuo! ¿Qué imaginas?
Mira al cielo, y teme á Dios:
¡tan odioso pensamiento
llena mi alma de terror!

CÁRLOS. ¡Mujer de hielo;
alma acerada;
cruel, despiadada;
amante infiel;
sin tí es la vida,
carga pesada
toda empapada
de amarga hiel.

ELENA. Oh, Dios, que mi alma
ves desgarrada
en empeñada
lucha cruel;
de una infelice,
Señor, te apiada,
que á tu llamada
quiere ser fiel!
Huye Cárlos; huye al punto.
No te acuerdes más de mí.

CÁRLOS. No me sigues?
ELENA. No.

CÁRLOS. No me amas?
ELENA. Yo del mundo ya salí.
CÁRLOS. Y bien: ódio la vida,
si he de perderte á tí;
y, pues me das la muerte,
verásme aquí morir.

(Saca la daga, y hace accion de herirse. Elena, lanzando un grito, le detiene el brazo.)

ELENA. Detente, desgraciado!
CÁRLOS. No me amas!
ELENA. Te amo, sí!
CÁRLOS. Consientes en ser mia?
ELENA. Sí; tuya!
CÁRLOS. Soy feliz!
LOS DOS. Oh dicha, oh gloria!
Amor convida
con dulce vida
al corazon.
Inmenso júbilo
llena mi pecho,
que en lazo estrecho,
nos une amor.

HABLADO.

CÁRLOS. Elena, bendiga el cielo
tu bondad angelical!
Juro amarte mientras viva.
ELENA. Ingrato!...
CÁRLOS. Dices verdad.
Ingrato fuí; y mi perfidia...
ELENA. Me hizo verter un raudal
inagotable de lágrimas.
Cómo pudiste encontrar
placer en causar tormentos.
á la que no amó jamás.
sino á tí: á la compañera
de tu infancia, que en fatal
soledad, siempre aguardando
tu regreso con afan,

iba contando los dias?...

LA MAESTRA. Venid, en la huerta está. (Dentro.)

ELENA. ¡Vienen!.. ¡Huye!.. No te vean...

CÁRLOS. Volveré luego...

ELENA. Buscar
antes procura á tu padre,
y acójete á su bondad.

ESCENA VIII.

ELENA, EL DOCTOR, LA ABADESA, LA MAESTRA.

ABADESA. Aquí está precisamente.
¿Cómo tan sóla, hija mia?

ELENA. En busca de mis hermanas
iba cuando vos veníais.

ABADESA. Vuestro tutor quiere hablaros.

ELENA. Señor?...

DOCTOR. Elena querida:
si hasta ahora he combatido
tu intento; si me oponia
á que tomases el velo,
y á pretender en seguida
que en virtud de una dispensa
se abreviasen los dias
de tu noviciado, ahora
ya no me opongo, hija mia.
Si quieres ser monja, sólo.

ELENA. Pues, ¿qué ocurre?

DOCTOR. No adivinas?
Ocurre que el hijo ingrato
que es azote de mi vida,
lejos de haberse enmendado,
con recientes fechorías,
agrava la larga cuenta
de su culpa y mi desdicha.
Es un loco incorregible!

ELENA. Adios, esperanza mia! (Aparte)

DOCTOR. Procuraré ver hoy mismo
al prelado, que me estima,

y no dudo accederá
á lo que tú solicitas.

(Se oye un grito agudo de una educanda, al cual siguen otros muchos de todas ellas.)

ABADESA. Dios mio! Qué habrá pasado?
MAESTRA. Válgame la Vírgen Santa!

ESCENA IX.

DICHOS. LAS EDUCANDAS. (Las educandas salen corriendo con muestras de grande espanto.)

ABADESA ¿Hijas mias, qué os espanta?
EDUCANDA 1.ª ¡Ay!.. El diablo....me ha abrazado.
ABADESA y MAESTRA. ¿El diablo?
EDUCANDA 1.ª Sí... señora...
ABADESA. ¡Válgame Jesús bendito,
y el gran padre San Antonio!
MAESTRA. Diga, ¿y cómo era el demonio?
TODAS. ¡Muy bonito; muy bonito!
ABADESA. ¡Bonito el diablo! ¿Están
en su juicio?
EDUCANDA 1.ª El tunante
tomó figura y semblante
de mozo bello y galan.
MAESTRA. ¡Qué horror!.. ¿Y cómo fué eso?
EDUCANDA 1.ª Iba yo á cojer gozosa
una linda mariposa
junto á un matorral espeso,
cuando sale de rondon
el Malo, como una flecha,
¡y entre sus brazos me estrecha!
MAESTRA. ¡Miren, miren el bribon!
EDUCANDA 1.ª Sentí que perdía aliento,
y grité. Todas gritamos,
y así al diablo ahuyentamos
que echó á correr al momento.
ELENA. ¡Era él! ¡Ah, no, jamás! (Aparte.)

Dice bien su padre, sí;
¡incorregible!

ABADESA. ¡Y aquí
se atréve á entrar Satanás!

(Se oye en la perrera un gran bostezo de Bartolillo.—Grito de espanto general.)

MAESTRA. ¡Ay!.. ¡Ahí está el enemigo!

ABADESA. ¡Jesús mil veces!... ¿Qué veo?

(Conociendo á Bartolillo que sale desperezándose.)

ESCENA X.

DICHOS. BARTOLILLO.

BARTOLILLO. (Restregándose los ojos.)
¿Quién arma tanto bureo?
(Haciéndose cargo de las personas que le rodean.)
¡La Vírgen sea conmigo!

ABADESA. ¿De dónde sales?

BARTOLILLO. No sé...

ABADESA. ¿Qué hacias en ese chozo?

BARTOLILLO. Debió meterme aquel mozo.

ABADESA. ¿Qué mozo?

BARTOLILLO. El que aquí encontré.

ABADESA. ¿Un hombre encontraste aquí?

BARTOLILLO. Sí, madre. Esta madrugada.....
¿No oísteis una tronada?

MAESTRA. ¡Sería el diablo!

BARTOLILLO. ¡Sí!

(Entre los restos de la embriaguez, y la turbacion que su situacion le causa, Bartolillo apenas sabia lo que hablaba; mas la pregunta de la Maestra, sugiriéndole una idea enmedio de su apuro, le aclara de pronto el entendimiento.)

Eso es: el diablo era,
yo sentí su maleficio
que me hizo perder el juicio;
y él me zampó en la perrera.

TODAS. Jesús!

El Doctor. Bartolillo, ven.
Tranquilizarte procura,
y refiere tu aventura.
Bartolillo. Dejad que recuerde bien.

MÚSICA.

Recordando
voy el caso;
oh, qué paso
tan fatal!
Poco á poco en lo que dices, (Aparte.)
que lo puedes pasar mal.
Coro gener. Habla, cuenta, Bartolillo;
dínos como fué aquel lance
que te puso en duro trance
con encuentro tan fatal.
Bartolillo. Pues señoras, yo salia
á mi ronda acostumbrada,
registrando mi mirada
hasta el último rincon.
El fragor de la tormenta
me traia algo escamado...
Coro. No es extraño; porque airado
muéstrase en el trueno Dios.
Bartolillo. Cuando oí como un rebuzno
de un jaral en la espesura;
y ví alzarse una figura,
de un relámpago al fulgor.
Coro. Era el diablo!..... Qué horror! Qué horror!
De esas visiones, nos libre Dios.
Bartolillo. Uy!... Qué boca tan rasgada!
Uy!... Qué dientes tan feroces!
Y qué cuernos tan atroces!
Y las garras de leon!...
Por los ojos salen chispas;
por la boca echa una llama;
y en su torno se esparrama
puf! de azufre un fuerte hedor.
Coro. Qué pintura tan horrible!
Al oir ese relato,

contemplando ese retrato
se horripila el corazon.

BARTOLILLO. Pues, señoras mias,
falta lo mejor.

CORO. Mejor? Está loco.

BARTOLILLO. Digo... lo peor.
Estiende una garra;
con ella me agarra;
me tira hácia el cielo;
recójeme al vuelo;
como una pelota
me estruja y me bota;
me friega,
me pega,
me lame
el infame;
y el chiste celebra
con risa bestial.

CORO. Ay pobre muchacho!
En tal desventura,
qué horrible pavura
debiste pasar!

BARTOLILLO. Ahí venir le veo! (Señalando al lado izquierdo)

CORO. El diablo!... Huid, huid! (Huyen todas.)

BARTOLILLO. De apuro tan estrecho
por esta vez salí.

ACTO SEGUNDO.

Sala locutorio de educandas.—A la derecha. en primer término, la puerta que comunica con el exterior.—En segundo término el torno.—Dos puertas á la izquierda y una en el foro.

ESCENA I.

ELENA, LA ABADESA, LA MAESTRA, LA TORNERA,

EDUCANDAS. Salen todas procesionalmente por la primera puerta de la izquierda.

MÚSICA.

CORO. Del enemigo
que profanó
nuestra bendita
santa mansion,
por este signo,
que causa horror
á los infiernos,
nos libre Dios.

ABADESA. Ya que el cercado
se exorcitó,
vamos ahora
á la oracion;

y allá en el coro
pedid á Dios,
que ahuyente al diablo
de esta mansion.

HABLADO.

Vamos... Pero ahora me acuerdo
de que el pobre Bartolillo
debió llevar una carta
al guardian de San Francisco,
y en su gran tribulacion
acaso la haya perdido.
Fuerza será averiguarlo,
no consiga el enemigo
que sin sermon nos quedemos.
Haced que llamen al chico. (A la Tornera).
Ya están mirando, hijas mias,
que, aunque tan léjos del siglo
vivimos, no estamos libres
del rugiente leon impío
de Satanás. Vivan, pues,
vigilantes de contínuo,
que sólo los que vigilan
del favor de Dios son dignos.
(Llaman á la puerta; abre la tornera, y sale Bartolillo.)

ESCENA II.

DICHAS, BARTOLILLO.

BARTOLILLO. Ave María Purísima.
TODAS. *Gratia plena!*
ABADESA. Ven acá.
Te has tranquilizado ya?
BARTOLILLO. Ay, madre reverendísima!
No, señora... Si supiera!...
Todo turbio lo estoy viendo;
y aun siento que andan subiendo

humillos á la mollera.

ABADESA. No lo extraño; mas, confiando
en Cristo, sin vanagloria,
procura ahora hacer memoria.

BARTOLILLO. Bueno; ya estoy procurando.

ABADESA. De aquella carta, qué hiciste?

BARTOLILLO. Malo! Ya pareció aquello. (Aparte.)
Voy á ver si doy con ello. (Alto, rascándose la cabeza.)

ABADESA. La tienes ó la perdiste?

BARTOLILLO. Ya caigo. Antes que Luzbel
me zampára en la perrera,
temiendo que se perdiera,
entreguéle yo el papel.

ABADESA. Al diablo!

BARTOLILLO. No, madre... Al otro.

ABADESA. A qué otro?

BARTOLILLO. A Valentin.

ABADESA. Valentin?...

BARTOLILLO. Un galopin,
que es más ligero que un potro.

ABADESA. Mas, ¿quién es?

BARTOLILLO. Un buen amigo;
eso sí!

ABADESA. Y, ¿á dónde estaba?

BARTOLILLO. Por el jardin paseaba.

ABADESA. Por el jardin!

BARTOLILLO. No os lo digo?

ABADESA. Pero, ¿cómo puede ser?
Por dónde entró en la clausura!

BARTOLILLO. Tal vez por la cerradura...
Si es el mismo Lucifer!

ABADESA. Jesús, mil veces!

BARTOLILLO. Qué es, madre?

ABADESA. Al diablo la carta dió!

BARTOLILLO. Otra!... Ya he dicho que nó.

ABADESA. Pues á quién?

BARTOLILLO. A mi compadre.
Me vió de aquella manera...

ABADESA. De qué manera?

BARTOLILLO. Aturdido...
Y él, de mí compadecido,

escondióme en la perrera.

ABADESA. No fué ese el diablo?

BARTOLILLO. Ah!... sí.

ABADESA. Y á él diste la carta?

BARTOLILLO. No.

ABADESA. Quién puede entenderte?

BARTOLILLO. Oh!

ABADESA. Responde.

BARTOLILLO. Triste de mí!

ABADESA. Hay para perder el juicio!

MAESTRA. Se conoce, madre mia.
que á este chico, todavía
no le pasó el maleficio.

ABADESA. Eso me inclino á pensar.
Será lo más acertado
dejarlo; mas de contado
otra carta hay que enviar
al Guardian, sin dilacion;
que esta es del diablo maña;
y aunque redoble su saña
hemos de tener sermon.
Espera aquí, Bartolillo,
que al punto iras despachado.

BARTOLILLO. Pues, señor, me ví apurado; (Aparte.)
pero ¡vaya si soy pillo!
(Suena la campana llamando á coro.)

ABADESA. Vayan al coro. Allá iré. (A las educandas.)
A vos os dispenso, Elena,
Hija mia, hoy no estas buena:
por ambas yo rogaré.

(La Maestra y las educandas se van por la puerta del foro, y la abadesa por la segunda puerta de la izquierda. La Tornera se sienta junto al torno, y lee en su libro.)

ESCENA III.

BARTOLILLO. Oiga un secreto, hermanita. (A Elena.)
Sabe quién fué el Satanás
que ví en el jardin?

ELENA. Silencio!

Era el diablo en verdad!

BARTOLILLO. Qué ha de ser, pobre inocente!

ELENA. Era el diablo!

BARTOLILLO. No tal.
Era...

(Llaman á la puerta. La tornera mira por la rejilla.)

TORNERA. Quién llama? El Doctor.

BARTOLILLO. Ya no podemos hablar.

ESCENA IV.

DICHOS. EL DOCTOR.

ELENA. Bien venido, tutor mio.
Al Prelado viste ya?
Conseguiré la dispensa
para poder profesar
pronto?

DOCTOR. Todavía no.
Paciencia, que tiempo hay
de sobra; y es gran prudencia
meditar y meditar,
cuándo se trata de asunto
de tamaña gravedad.
Escucha, Elena: es muy cierto
que ese hijo de Barrabás,
en sus locos devaneos
no puede llegar á más.
Pero yo, que le conozco,
sé bien que no es la maldad
de corazon, quien le empuja
por la pendiente fatal;
y es sólo la irreflexion
causa de su ceguedad.
Sabe, Elena, que me ha escrito;
y que arrepentido ya...

ELENA. ¡Oh, sí! Perdonadle al punto.
Que en el seno paternal
halle un cariñoso abrazo;

y así persista... ¡ojalá!
en esos buenos propósitos;
pero, en cuanto á mí, ¡jamás!
Seré la esposa de Cristo;
sólo á Cristo amo. (Aparte.) ¡Ay!
¡Dios me perdone!

DOCTOR. No quiera
el cielo que, con mi afan
de veros felices, yo
sea causa de vuestro mal.
Santa es tu resolucion:
haga el Señor lo demás.
Pronto de vuelta estaré:
al Prelado voy á hablar.

ELENA. El cielo os guíe, señor.

DOCTOR. El te guarde

BARTOLILLO. Ya se vá.

ESCENA V.

DICHOS, menos el DOCTOR.

ELENA. Sea este llanto el postrero
que arranque á mis tristes ojos,
quien con ultrajes y enojos
pagó un amor verdadero.
¡Truécate en adusto acero,
corazon! No más sufrir,
ni palpitar, ni sentir;
ya no eres para el hombre;
y de Cárlos, ni aun el nombre
desde ahora quiero oir.

BARTOLILLO. Al fin se marchó el Doctor.
Pues, como os decia, hermana,
el diablo que esta mañana...

ELENA. No le nombres; por favor!

BARTOLILLO. Desterrad ese temor... Era...

ELENA. No le oiga nombrar!
Y advierte que, con hablar,
le expones á daño grave.

Guardar, pues, secreto sabe,
porque es caridad callar.
(Váse por la puerta del foro.)

TORNERA. Dos padres franciscos. (Mirando por la regilla.)
Serán—qué placer!—
los que se esperaba

BARTOLILLO. Vamos, esta vez (Aparte.)
cumplió Valentin
como hombre de bien.
Entregó la carta.

(Abre la Tornera la puerta, y salen Cárlos y Valentin, vestidos de frailes, con las capuchas caidas sobre el rostro.)

ESCENA VI.

LA TORNERA, BARTOLILLO, CÁRLOS, VALENTIN.

VALENTIN. (A la Tornera, que le besa la mano.)
Que el ángel Gabriel
la guarde del diablo.

TORNERA. Y al padre tambien.

VALENTIN. Aquí Bartolillo!... (Aparte á Cárlos.)
Cubríos, pardiez!
Sois la superiora? (A la Tornera.)

TORNERA. Padre, qué he de ser!
Yo soy la Tornera.

VALENTIN. Pues, voto á quien,
que con esos ojos!...

CÁRLOS. Valentin!... (Tirándole de la manga.)

VALENTIN. (Reponiéndose.) A ver!
Diga á la Abadesa...

TORNERA. A buscarla iré
al punto.

CÁRLOS. Pues vaya,
y el ángel Gabriel
la guarde del diablo.

ESCENA VII.

DICHOS, ménos LA TORNERA.

BARTOLILLO. Padre?
VALENTIN. Quién es él?
BARTOLILLO. Soy el jardinero.
VALENTIN. Y quiere?...
BARTOLILLO. Os diré
ya que habeis venido;
luego, si quereis
oirme en la iglesia,
me confesaré
con su reverencia.
VALENTIN. No tiene aquí quien
le confiese?
BARTOLILLO. Tengo;
pero...
VALENTIN. Pero, qué?
BARTOLILLO. Como son de casa...
y un hombre tener
suele pecadillos...
VALENTIN. Explíquese bien.

MUSICA.

BARTOLILLO. Suponed, que en ocasiones,
al pasar junto á la cueva,
uno vé que se dejaron
medio entornada la puerta.
Por la rendija
se ven botellas;
y, como el diablo
es tan gatera,
le dan á un hombre
malas ideas.
VALENTIN. De esas malas tentaciones
preservarse, hermano, es fuerza;
que, si cae en el pecado,

sufrirá la penitencia.
Para el efecto,
de agua bien fresca
llevará siempre
la tripa llena;
que de esta suerte
la sed no tienta.

CÁRLOS. Es el vino un ruin brevage
que hizo el diablo en sus calderas,
con el cual se traga el hombre
de pecados una espuerta.
Quien tiene vino
busca pendencias,
vá tras las mozas
guapas y feas,
y escandaliza
toda la tierra.

VALENTIN. Por fortuna su pecado
no pasó de tentacion

BARTOLILLO. Ah! No, padre; que he caido.

VALENTIN. Cuántas veces?

BARTOLILLO. Un millon.

CÁRLOS. Infeliz! Desventurado!

VALENTIN. Qué pecado tan atroz!

VALENTÍN. Y qué tal es el vinillo?

BARTOLILLO. Eso sí, muy superior,

VALENTIN. Bueno es saberlo, Cáspita! (Aparte.)
Pues ya que estoy aquí,
sin un buen piscolabis
¡por Baco! no me he de ir.

CÁRLOS. Mentando solo el vino (Aparte.)
se alegra Valentin;
como á beberlo llegue,
predica hasta en latin.

BARTOLILLO. Pues no se escandalizan (Aparte.)
los padres! ¡pese á mí!
será que hurtar el vino
es falta baladí.

HABLADO.

VALENTIN. (Muy alegre, olvidando su papel, y echando hácia atras la la capucha.)

¡Conque el vino es superior!
(Cárlos le hace señas, y reponiendose Valentin, vuelve á cubrirse el rostro.)
¡Ese es lazo del infierno!

BARTOLILLO. ¡Ay! ¿Que he visto?... Es Valentin.

VALENTIN. ¡A ver si guarda silencio (Fingiendo todavía.)

BARTOLILLO. Por mucho que disimules
te conocí. Voy corriendo.
como cumple á un siervo fiel,
á dar la alarma al convento.

VALENTIN. Si das un paso, te mato. (Sacando una daga.)

CÁRLOS. Si das un grito, eres muerto.
(Apuntándole una pistola.)

BARTOLILLO. Tambien don Cárlos aquí?
Vaya unos frailes!...

CÁRLOS Y VALENTIN. Silencio!

BARTOLILLO. Ya callo. (Aparte) Será verdad
que hoy anda aquí el diablo suelto!

CÁRLOS. Escucha. En este negocio
nada te importa; y supuesto
que nadie sabe que tú
nos conoces, ningun riesgo
corres en callar. Si lo haces,
cien ducados te prometo;
mas si hablas... juro á Dios!...

VALENTIN. Yo conozco al ratonzuelo
que se chupa las botellas
de la cueva. Es un secreto
que se holgára de saber
la madre Abadesa.

BARTOLILLO. Bueno.
Tomé mi resolucion.
Callaré y voyme al momento. (Yéndose.)
Para que me pase el susto,
otra botella al coleto.

ESCENA VIII.

CÁRLOS, VALENTIN.

VALENTIN. ¡Quién me metió en las honduras
de esta bendita sotana!
De todas tus aventuras
es esta la capitana.
CARLOS. ¿Tienes miedo?
VALENTIN. Yo no sé
si miedo es esto que siento;
pero sí te afirmaré
que estaría más contento
de hallarme ¡voto á tal!
metido en lucha bravía,
que en este santo sayal,
y en esta santa abadía.
CÁRLOS. Este es mi último desliz.
VALENTIN. Lo temo. El mio tambien.
CARLOS. De aquí salgo á ser feliz
por siempre jamás, amen.
VALENTIN. O bien, con caperucillas,
nos llevan en procesion
á asarnos en las parrillas
de la Santa Inquisicion.

ESCENA IX.

DICHOS. LA ABADESA.

ABADESA. (Saliendo por la segunda puerta izquierda.)
Dios os guarde, padres mios.
VALENTIN. El os quiera bendecir.
Pues recibió vuestra carta
el padre Guardian, y aquí
me teneis á vuestras órdenes.
ABADESA. Dios se lo pague. Decid,
y este otro venerable

que os acompaña?

VALENTIN. Este? Chist!...
Este es un santo varon.
Siempre le vereis así,
tan callado y recogido.

ABADESA. Bendita su alma feliz!
Con que callado?

VALENTIN. No chista.
Mas, como es un serafin,
ha recibido del cielo
una mision... femenil.

ABADESA. Femenil!

VALENTIN. Sí... Yo os diré.
Tiene una gracia... hasta allí,
para escarbar la conciencia
de las que quieren vivir
en el cláustro. Para esto
le ha dado Dios gran nariz:
para oler la vocacion,
y saber si es firme, ó si
es hañagaza del diablo.
Siento no pueda lucir
su habilidad ahora mismo;
si tuviérais por ahí
novicias que ofrezcan duda...

ABADESA. No; pero aspira al mongil
una jóven educanda...
y fuera bueno inquirir,
pues la ocasion se nos brinda...

VALENTIN. Con el buen padre Crispin
ponedla en contacto al punto!

ABADESA. Justamente se halla aquí.
(Dirigiéndose á la segunda puerta de la izquierda.)
Elena?

ESCENA X.

DICHOS, ELENA.

ELENA. (Saliendo.) Qué mandais, madre?

ABADESA. Hija mia, ved ahí

un santo. ¡Cuánta fortuna
teneis! Bien podeis abrir
vuestro corazon al padre,
y sus consejos seguid.
Reverendísimo padre... (A Carlos.)

CÁRLOS. En qué la puedo servir?

ABADESA. Veis, padre mio, esa jóven?
Se ha metido en el magin
que ha de ser monja. Ella es buena
y fervorosa, eso sí;
pero todos sospechamos
de su vocacion; que al fin,
sólo motivos del siglo
la han hecho venir aquí.
Si la examináseis vos,
tal vez podais descubrir.

CÁRLOS. Descuidad, madre Abadesa,
que aunque soy un zarramplin,
con la ayuda de la gracia
espero que me ha de abrir
el corazon; y os prometo
que dócil me ha de seguir
por donde yo me la lleve;
y ya podeis presumir
que ha de ser por lo más recto.

ABADESA. Habladla, padre Crispin.

(Cárlos pasa á la izquierda de Elena, Valentin se coloca á la derecha de la Abadesa, y procura impedirla ver á las dos primeros.)

MÚSICA.

CÁRLOS. Con que diga. Ya la escucho. (Fingiendo la voz)
Quiere entrar en religion?

ELENA. Oh! Sí, padre.

CÁRLOS. Y hace mucho
se sintió con vocacion? (Siguen hablando en voz baja)

VALENTIN. Con que hablemos ahora, madre, (A la Abadesa.)
de otra cosa.

ABADESA. Del sermon?

VALENTIN. Sí, señora: el de esta tarde.

Va á ser gorda la funcion! (Aparte.)

ELENA. Es preciso no ocultaros
que sin tino á un hombre amé.

CÁRLOS. Ya no le ama?

ELENA. ¡A qué engañaros!
Siempre le amo. ¡Siempre á fé!

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Oh, bendita! (Alto.) Siga, siga.

ELENA. ¿No me riñe?

CÁRLOS. No; no tal.

ABADESA. ¿Será largo, Padre? Diga.

VALENTIN. Un sermon piramidal.

ELENA. El no era digno
de amor tan puro.
¡Huyó el perjuro;
me abandonó!

CÁRLOS. ¡Oh, que delicia! (Aparte.)
De su amor puro
tengo seguro
el galardon.

ABADESA. Al oir al padre
latin tan puro,
muy bello, auguro,
será el sermon.

VALENTIN. Si con bien salgo (Aparte).
de tanto apuro,
en otro, juro,
no verme, no.

CÁRLOS. ¿Y decís que no era digno?

ELENA. ¡No me amaba!

CÁRLOS. Os engañais
Os ama tanto Cárlos,
que expone su existencia
en este mismo punto
por daros de amor prueba.

ELENA. ¡Qué escucho!...

CÁRLOS. Preparaos.
no os venda la sorpresa;
mirad que un solo grito
puede perderme.—¡Elena!
(Descubre un poco el rostro. Elena no puede contener un grito.)

ABADESA. ¿Qué es ello?

VALENTIN. No fué nada;
la gracia que comienza.

CÁRLOS. Elena, Elena, te amo;
sin tí vivir no quiero;
tú eres mi amor primero,
y el último serás.
Pronuncia una palabra
que aliente al tierno amante.
ó aquí mismo espirante
al punto me verás.

VALENTIN. La gracia es cual la llama
que se hinca en el acero:
de duro y de grosero,
lo vuelve un cordoban.
Es tal como el buen vino;
da ciencia al ignorante,
al mudo hace parlante,
y al lego le hace abad.

ELENA. ¡Momento venturoso!
¡Oh dia placentero!
Si del placer no muero
mi dicha es sin igual.
En horizonte expléndido
renace más brillante
el astro rutilante
de mi felicidad.

ABADESA. ¡La gracia! ¡Oh, sí, la gracia!
ese es el bien primero.
Mi Dios, tu gracia quiero;
tu gracia me has de dar.
Con ella fuerte el alma
cual duro diamante,
hácia su bien constante
las alas batirá.

HABLADO.

ELENA. Tu vista la paz me torna;
pero, Cárlos, me trastorna
tu disfraz,
y tu entrada en esta casa,

que los limites traspasa
de lo audaz.

CÁRLOS. ¡Oh! Nada me arredraria
por llegar á tu presencia;
que ya estriba mi existencia,
entera, en que seas mia.

ELENA. Tu padre desconsolado
gime y se alza indignado
contra tí.

CÁRLOS. Pues su furor evitemos.
A la fuga apelaremos
desde aquí.

ELENA. ¡Loco! Yo sé que te ama
con ternura sin igual;
y que con ánsia te llama
su corazon paternal.

ABADESA. ¡Ay cielo, que inadvertencia
la mia! Su reverencia,
de seguro,
ha menester meditar
puesto que ha de predicar.

VALENTIN. No me apuro
por lo que toca al sermon:
que por el camino andando
he venido meditando
y he compuesto mi oracion.
Otra cosa necesito:
siento, madre, un apetito
regular;
y si á mal no lo tuviera,
me holgaría que nos diera
de almorzar.

ABADESA. ¡Por el bendito San Bruno!
Pero, padre de mi vida,
de juro que se le olvida
que es este dia de ayuno.

VALENTIN. Dia de ayuno!

ABADESA. Sí tal.

VALENTIN. Pese á mi suerte fatal! (Aparte.)
Yo os diré: (Alto.)
el Señor que nos crió,
una enfermedad me dió

¡buena á fé!
De estómago es mi dolencia
que gazuzitis se llama,
y que imperiosa reclama
alimento con frecuencia.
Comer mucho me ha mandado,
y beber vino no aguado
el Doctor;
y el Guardian—vaya un fracaso!—
hace de obediencia el caso:
esto es peor!
Y no hay dia de vigilia
ni de ayuno, como veis,
para mí Ay! comprendeis
qué penitencia la mia?

ABADESA. Lo comprendo; lo comprendo.
Mucho que estareis sufriendo.

VALENTIN. Vaya sí!

ABADESA. Gazuzitis!... Raro nombre.

VALENTIN. A eso está sujeto un hombre
por ahí.
Y fray Crispin, ¡qué desórden!
del mismo mal adolece.

ABADESA. Tambien el Padre padece!

VALENTIN. Hay muchos en nuestra Orden.
Lleva uno tan fatigada
la vida, y tan disipada...

ABADESA. Es verdad.

ELENA. Si tu padre esto supiera!...
Hasta matarle pudiera
tu impiedad!
Vé á encontrarle, y su perdon
te acordará de contado.

CARLOS. Tu órden, dueño idolatrado.
cumpliré sin dilacion.

ABADESA. ¿Habrá acabado ya el Padre?

VALENTIN. Voy á verlo al punto, madre.
¿Fray Crispin?

ABADESA. ¿Qué tal la niña se expresa? (A Cárlos).

CÁRLOS. Aguardad, madre Abadesa.

ABADESA. Pero, en fin...

CÁRLOS La tengo ya tan sumisa;

tal es lo que en ella advierto;
que será monja... tan cierto
como yo he cantado misa.

ABADESA. ¿Con que el mundo no la llama?

CÁRLOS. Aquí está lo que ella ama.
¿Me entendeis?

ABADESA. Padre ¡vaya si le entiendo!

CÁRLOS. Pues dejad que siga haciendo:
¡ya vereis!

VALENTIN. La gazuzitis me hostiga.

ABADESA. Vengan al cuarto vecino.

VALENTIN. Ah! Que no se olvide el vino...
que la obediencia me obliga.

(Vanse la Abadesa, Cárlos y Valentin por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

ELENA sola.

Oh, gracias, gracias, Dios mio,
pues tu piedad soberana
quiso de mis tristes ojos
cegar el raudal de lágrimas.
Ayer era un cruel tormento
el recuerdo de mi infancia:
hoy contemplo con delicia
de mi vida la mañana.

ESCENA XII.

ELENA, LA MAESTRA, LA TORNERA, EDUCANDAS.

(Sale la MAESTRA precediendo a las EDUCANDAS por la puerta del foro. LA TORNERA por la segunda puerta de la derecha.)

MAESTRA. Hermana, ¿qué ha sido eso?

TORNERA. Lo mismo iba á preguntaros.

MAESTRA. Solo ví desde la reja
que á la abadía han llegado
dos hombres que, ciertamente,

andan muy desarropados;
y los mozos de la granja
se iban arremolinado
hácia la puerta de casa.

(Llaman á la puerta y abre la Tornera.)

ESCENA XIII.

DICHOS, y el DOCTOR.

DOCTOR. ¡Jesús! ¡Vengo horrorizado!
¡Que tiempos, señor, que tiempos
son los que nos han tocado!
MAESTRA. ¿Que ha sido, Doctor?
DOCTOR. Hermana,
á dos padres franciscanos
que de la ciudad venian,
aquí cerca, dos malvados,
que del matorral salieron,
detenerlos han osado.
TODAS. ¡Qué horror!
TORNERA. ¿Y qué les han hecho?
DOCTOR. Despojarlos de sus hábitos
y dejarlos en un chozo
con manos y piés atados.
TODAS. Qué horror!
DOCTOR. Sí tal; causa horror.
Han pasado largo rato
pugnando por desasirse,
hasta que al fin lo han logrado,
y vienen á la Abadía,
como punto más cercano,
á rogar que se les dé
algun vestido prestado.
ELENA. Dios mio! En hecho tan grave (Aparte.)
veo la mano de Cárlos!
DOCTOR. Que avisen á la Abadesa.

ESCENA XIV.

DICHOS. LA ABADESA.

ABADESA. Doctor, me alegro de hallaros. (Saliendo.)
Al padre predicador
y otro Padre que ha llegado,
os pido que los veais
porque los dos están malos.
DOCTOR. Dónde están?
ABADESA. En esa pieza
se encuentran ahora almorzando.
DOCTOR. ¡Almuerzan, y hoy es ayuno!
ABADESA. Justamente, ese es el caso.
Padecen de... Cómo ha dicho?
Es un nombre tan extraño!...
Ya me acuerdo: gazuzitis.
DOCTOR. Gazuzitis? Nombre raro,
desconocido hasta ahora!
UNA MONJA. Madre! Madre! (Saliendo.)
ABADESA. Pasa algo?
MONJA. El Padre predicador,
despues de haber apurado
dos botellas, él solito,
pide otra.
DOCTOR. Vamos, vamos,
se conoce que es voraz
la gazuzitis.
ABADESA. Qué hago?
MONJA. Y si viérais qué ojos pone!...
MAESTRA. Madre, ¿si será el diablo
que, al echarle del jardin
en el convento se ha entrado?
DOCTOR. Es posible; mas, si fuera,
no se entreguen al espanto;
que sin licencia de Dios
no puede dañar el diablo;
pero á mí se me figura
que en esto hay mucho de humano;
y hasta cabe una maldad...
ABADESA. Qué decís!

DOCTOR. Dos franciscanos,
esta mañana, aquí cerca,
en su camino asaltados
han sido: y á los dos padres
les han llevado los hábitos.
Esos que almuerzan ahí
en dia tan señalado,
y padecen gazuzitis!...

ABADESA. Será posible, Dios Santo? (Muy asustada.)
Qué hacemos?

DOCTOR. No os asusteis.
Justamente los criados
y jornaleros, reunidos
están ahí mismo. A llamarlos
voy, y al punto están aquí.
Mucha prudencia entre tanto.

ABADESA. Id. Doctor, y no olvideis
el ánsia con que esperamos.

ESCENA XIV.

DICHOS, menos el DOCTOR, CÁRLOS, VALENTIN.

A la salida de Cárlos y Valentin, las educandas, que están en el lado izquierdo, se retiran hácia el foro, temerosas de los dos supuestos frailes. Valentin sale bastante alegre tarareando unas seguidillas, y olvidándose el papel que representa.

CÁRLOS. Tan juicio, ó te estrangulo! (Aparte á Valentin)

VALENTIN. Mis seguidillas te espantan?
¿Pues qué, los frailes no cantan?...
Bueno, tendré disimulo.
Madre Abadesa, heme al fin
en buena disposicion.
Os predicaré un sermon
que ni el gran San Agustin:
(Aparece el Doctor á la puerta.)

CÁRLOS. ¡Mi padre!... ¡Pobre de mí!
Ven. Por todo atropellemos; (A Valentin.)
como la puerta ganemos...

VALENTIN. (Arremangándose los hábitos, y gritando.)

¡Abran paso!

DOCTOR. ¡Alto ahí!

(Gritan las monjas agrupándose hácia el foro. Salen los aldeanos armados de garrotes.)

ESCENA XV.

DICHOS, ALDEANOS.

MUSICA.

ALDEANOS. ¿Dónde están esos bandidos?
¿Los malvados dónde están,
que se atreven esta casa
del Señor á profanar?

MONJAS. ¡Son los diablos! son los diablos!
¡Vade retro, Satanás!
¡Son los diablos! Dios Eterno,
líbranos de todo mal.

VALENTIN. ¿Y de ésta quién nos salva? (A Cárlos).
¡Yo bien lo presentí!

CÁRLOS. Descubriéndose, y echándose á los pies del Doctor (1).
¡Padre!... ¡Perdon, oh padre!

DOCTOR. (Con el mayor espanto.)
Mi hijo!

ELENA. Ay, ay de mí!

DOCTOR. Al fin este hijo
de perdicion,
colmó la copa
de mi dolor.
La nueva infamia
que cometió,
corta mi vida,

---

(1) Para evitar un mal efecto escénico, convendrá que Cárlos se despoje de su hábito ántes de echarse á los pies del Doctor. Al efecto, si el sayal que viste no está preparado de modo que pueda quitárselo con facilidad y prontitud, podrá entrar por la puerta de donde salió, mientras se canta el coro, y salir en su traje propio en el momento en que tiene que hablar.

mancha mi honor.

CÁRLOS. Oh, padre mio,
por compasion.
sin oirme al ménos
no juzgueis, nó!
Vine de Elena
por el amor;
sumiso imploro
vuestro perdon!

ELENA. Voy á perderle
cuando el amor
regocijaba
mi corazon!
oid, ¡oh! padre, (Al Doctor)
oid mi voz;
tambien suplico
yo su perdon.

ABADESA. Es una horrible
profanacion,
que bien merece
castigo atroz;
pero es el hijo
del buen Doctor
y el mismo golpe
mata á los dos.

VALENTIN. Ya me estoy viendo.
válgame Dios!
en una hoguera
hecho un toston.
Las consecuencias,
ay, qué dolor!
de cazar frailes
otras no son.

CORO GENERAL. Fué gran delito;
pero, chiton;
porque este es caso
de Inquisicion.

ELENA. Piedad, piedad del mísero!
Señora, por piedad! (A la Abadesa.)

ABADESA. Lo que es por la Abadía,
ya perdonado está;
pero... esos religiosos...

sacrilega maldad!

ELENA. De lóbrega noche
gimiendo en el seno,
un dia sereno
miré al fin brillar.
Ay! sólo un instante
gocé sus fulgores,
y en nuevos dolores
me siento abismar.

CÁRLOS. Qué importa á este mísero
de crímenes lleno,
del hórrido trueno
que lo ha de aplastar?
Mas ay! prendas mias,
(Dirigiéndose al Doctor y Elena.)
mis dulces amores,
tambien sus rigores
os van á alcanzar.

ABADESA. Su accion detestable,
su atroz desenfreno,
su audacia condeno
con severidad;
mas Dios aún perdona
maldades mayores;
de agenos errores
tengamos piedad.

DOCTOR. Un hijo tan solo
me diste, Dios bueno,
y el vil en el cieno
se quiso arrojar!
Llenó mi existencia
de horribles dolores;
y al fin sus errores
la muerte me dan.

VALENTIN. Dió aquí fin mi vida;
es este el gran trueno;
no podia méno
tras tanto enredar.
¡Ay triste memoria
de dias mejores!
Sus frutos y flores
no veré ya más.

CORO. La Santa es severa
con tales errores;
de estos pecadores
tengamos piedad.

ESCENA XVI.

DICHOS, BARTOLILLO.

HABLADO.

BARTOLILLO. Hoy es dia de bribones!
(Sale corriendo y muy agitado.)
Cuánto embrollo, madre mia!
ABADESA. ¿Qué ocurre?
BARTOLILLO. Que esos dos frailes
nunca hubieron dicho misa.
ABADESA. ¿Qué frailes?
BARTOLILLO. Los que hay afuera.
¡Vaya un par de lagartijas!
Eran dos grandes ladrones
que huidos de Búrgos iban.
y usaban vários disfraces
para ocultar sus rapiñas;
más ya la Santa Hermandad
les echó la mano encima.
VALENTIN. Ergo á mi amo y á mí
es deudora la justicia
de la caza de esos pájaros
que sin fruto perseguia;
ergo se nos debe un premio,
ergo...
ABADESA. La verdad sea dicha,
no ha existido el sacrilegio.
CÁRLOS. Y juro que pretendia
al entrar en esta casa,
hallar ocasion propicia
de echarme á los piés de Elena...
DOCTOR. Pues fué vana tu osadía...
ELENA. Cálmese vuestro rigor.
y sabed que todavía

le amo, y que le perdono.

DOCTOR. Eres muy buena, hija mia.

CÁRLOS. Y vos? (A la Abadesa.)

ABADESA. Perdonado estais.
y que el Señor os bendiga.
Doctor? A vos toca ahora...

DOCTOR. Vuestra ventura es la mia!

(Abre los brazos y recibe en ellos á Cárlos y á Elena.)

VALENTIN. No os dije que fray Crispin (A la Abadesa.)
grandes prodigios haría?

ABADESA. Lo que veo es que hoy ha andado
el diablo por la abadía.

MUSICA.

ELENA.

Recuerdo plácido
de aquellos dias!
Memorias pías
de tanto bien.
El sol expléndido,
suave el ambiente,
el campo riente,
la tierra Eden.
Como al crepúsculo
la tierna rosa
se abre afanosa
con dulce olor;
mi alma cándida,
á una mirada,
se abrió confiada
llena de amor.
Por qué huyó el pérfido,
y en noche oscura
tanta ventura
quiso trocar?
Mas vuelva el júbilo
al pecho amante,
que un sol radiante
vuelve á brillar.

TODOS.

Su rostro irradia
felicidad.

FIN.